gro! En el Odeón se rompe el hielo. Los antiguos abonados de la orquesta, desesperados de su letargo, convienen en que ese Marancourt está verdaderamente magnífico, sobre todo en las últimas escenas. El hecho es que, al desenlace, á la hora decisiva en que se da de puñaladas á los traidores y en que se casa á las princesas, el emperador os pone una cara de una beatitud y de una serenidad singulares. Avivado el apetito por tantas emociones y tanta retahila, le parece que está en su casa, sentado á su mesita, y su mirada va de Cinna á Máximo con sonrisas de ternura, como si viese ya los hermosos hilos blancos que cuelgan del pico de la cuchara, cuando la sopa de queso está en su punto, cocidita á lumbre lenta y servida bien caliente...

EL ÚLTIMO LIBRO

(CUENTO)

Ha muerto!.. —me dijo uno en la escalera.

Ya hacía días que estaba yo viendo venir la lúgubre noticia. Sabía que la recibiría á esa puerta de un momento á otro; y, sin embargo, me sorprendió como cosa inesperada. Con el corazón henchido de pena, con labios trémulos, entré en esa humilde morada del literato, cuya mayor parte la ocupaba el despacho, habiéndose apro-

piado el estudio despótico todo el bienestar y la luz toda de la casa.

Yacía en una cama pequeña, de hierro, muy baja; y la mesa, atestada de papeles, las líneas de su puño interrumpidas á mitad de cuartilla, la pluma, aún metida en el tintero, pregonaban cuán de súbito le había sorprendido la muerte. Detrás de la cama se veía entreabierto, casi encima de su cabeza, un alto armario de roble rebosando manuscritos y legajos. En derredor libros, nada más que libros por todas partes: en estantes, en sillas, sobre la mesa, amontonados por el suelo, en los rincones, y hasta á los piés de la cama. Cuando escribía allí, sentado á la mesa, pudo recrear su vista esa aglomeración, esa confusión sin polvo; pero en aquella cámara mortuoria

era lúgubre. Todos esos pobres libros, desplomándose á montones, parecían prontos á partir, á perderse en esa gran biblioteca del acaso, diseminada por puestos y escaparates, hojeada por el viento y la ociosidad.

Acababa de besarlo en su cama, y me quedé en pié mirándolo, sobrecogido por el contacto de esa frente fría y dura como una piedra. De pronto se abrió la puerta. Un dependiente de librero, cargado y jadeante, entró alegremente y soltó en la mesa un atado de libros recién salidos de la prensa.

— Envío de Bachelin — gritó.

Luego, viendo la cama, retrocedió, se quitó la gorra, y se retiró discretamente.

Había algo de espantosa ironía en ese envío del librero Bachelin,

retrasado un mes, esperado por el enfermo con tanta impaciencia, y recibido por el muerto... ¡Pobre amigo! Era su último libro, aquel en que más fiaba. ¡Con qué cuidado tan minucioso habían corregido las pruebas sus manos, ya trémulas de fiebre! ¡Qué afán tenía por ver el primer ejemplar! En los últimos días, cuando ya no hablaba, clavaba los ojos en la puerta; y si los cajistas, si los regentes, si los encuadernadores, si todo ese personal ocupado en la obra de uno solo, hubiesen podido ver aquella mirada de expectación y de angustia, las manos hubiesen corrido, las letras hubiesen volado á unirse para formar páginas, y las páginas para formar volúmenes, á fin de llegar á tiempo, es decir, un día antes, y proporcionar al moribun-

do la alegría de volver á encontrar, con la frescura, con el perfume y la limpidez de caracteres del libro nuevo, aquel pensamiento que ya sentía huir y oscurecerse dentro de su cerebro.

Aun en plena vida el escritor halla en eso un goce de que nunca se sacia. Abrir el primer ejemplar de su obra, verla grabada allí, como en relieve, y no ya en esa gran ebullición del cerebro, donde siempre se presenta algo confusa, ¡qué deliciosa sensación! De joven, os causa un deslumbramiento: las letras fulguran envueltas en una zona, ora azul, ora amarilla, como si estuviese llena de sol de vuestra cabeza. Más tarde, á esa alegría de inventor se mezcla algo de tristeza, el sentimiento de no haber dicho todo lo que se quería decir. La

obra que uno llevaba dentro de sí, siempre parece más hermosa que la que ha escrito. ¡Se pierden tantas cosas en ese viaje de la cabeza á la mano! Vista en las profundidades de la meditación, la idea del libro se asemeja á esas preciosas medusas del Mediterráneo que pasan por el mar como visos flotantes; puestas sobre la arena, no son ya más que un poco de agua, algunas gotas descoloridas que inmediatamente seca el viento.

¡Ay! Ni esas alegrías, ni esas desilusiones, ni nada, en fin, había alcanzado el pobre mozo de su última obra. Era desgarrador ver dormida sobre la almohada aquella cabeza pesada é inerte, y al lado aquel libro enteramente nuevo, que iba á aparecer en los escaparates, que iba á encontrarse en medio del

ruido de las calles, en medio de la vida cotidiana, y cuyo título leerían maquinalmente los transeuntes, llevándolo en su memoria y en el fondo de sus ojos con el nombre del autor, ese mismo nombre inscrito en la página triste del registro civil, y tan alegre y risueño en la cubierta de color claro. Todo el problema del alma y el cuerpo parecía estar cifrado allí, en ese cadáver rígido, que iban á sepultar y á olvidar, y en ese libro que de él se desprendía como un alma visible, viviente, inmortal acaso...

—... Me había prometido un ejemplar... — dijo muy bajo cerca de mí una voz lacrimosa.

Me volví, y divisé al través de los lentes de oro unos ojuelos vivos y escudriñadores, muy conocidos de mí y de todos vosotros los que

escribís, amigos míos. Era el maníaco de libros, que, no bien se anuncia una obra vuestra, viene á dar á la puerta dos golpecitos tímidos y reiterados que delatan á la persona. Entra sonriente con la espina encorvada, anda bullendo á vuestro alrededor, os llama «querido maestro», y no se va sin llevarse vuestro último libro. ¡Nada más que el último! Todos los otros los tiene; ese es el único que le falta. ¿Y cómo excusarse? Llega tan á tiempo, sabe cogeros tan oportunamente en medio de esa alegría de que hablábamos, del abandono de los envíos, de las dedicatorias... ¡Ah! terrible hombrecillo, á quien nada arredra, ni las puertas sordas, ni las acogidas glaciales, ni el viento, ni la lluvia, ni las distancias. Por la mañana se le encuentra en

la calle de la Bomba, arañando á la puertecita del patriarca de Passy; por la noche, vuelve de Marly con el nuevo drama de Sardou debajo del brazo. Y así, correteando siempre, y siempre postulando, llena su vida sin hacer nada, y su biblioteca sin pagar.

Poderosa de veras debía ser la pasión de los libros en ese hombre, para llevarlo así hasta en un lecho de muerte.

—¡Eh! Tome su ejemplar—le dije, impacientado.

No lo tomó; se lo tragó. Luego, después de sepultarlo profundamente en el bolsillo, se quedó inmóvil, sin hablar, con la cabeza ladeada, limpiando los anteojos con cara compungida... ¿Qué aguardaba? ¿Qué lo detenía? ¿Quizá un poco de vergüenza, algún reparo en mar-

charse en seguida, como si no hubiese ido más que á aquello?

¡Nada de eso!

Sobre la mesa, en el papel medio desenvuelto del paquete, acababa de atisbar algunos ejemplares de regalo, de hermosa encuadernación, sin recortar, con grandes márgenes, viñetas y remates; y, á pesar de su actitud recogida, su mirada, su pensamiento, todo estaba allí... ¡El infeliz miraba atravesado!

¡Pero lo que es la manía de observar! Yo mismo me había distraído de mi emoción, y al través de mis lágrimas seguía ese amargo sainete representado á la cabecera del muerto. Poco á poco, á favor de sacudidas invisibles, el maníaco iba acercándose á la mesa. Su mano cayó como por casualidad sobre uno de los volúmenes; le dió la vuelta,

lo abrió, tocó el papel, y al propio tiempo se le encandilaban los ojos y se le agolpaba la sangre á las mejillas. Obraba en él la magia del libro... Al fin, no pudo contenerse más, cogió uno:

—Es para M. de Sainte-Beuve —me dijo á media voz.

Y en su acceso de fiebre, en medio de su atolondramiento, dominado por el temor de que le quitase el libro, y quizá también á fin de convencerme de que era para M. de Sainte-Beuve, añadió muy gravemente y con un acento de compunción intraducible:

—¡De la Academia Francesa!...

Y desapareció.